

## Inculturación del Evangelio y teología india en los escritos del P. Javier García

*S.E. Mons. José Octavio Ruiz Arenas*

*Vicepresidente de la Comisión Pontificia para América Latina (CAL)*

**T**eología India e Inculturación del Evangelio son dos temas que van de la mano en los intentos por plantear la posibilidad de una teología construida con categorías o elementos autóctonos. El P. Javier García ha hecho un análisis de estas dos realidades, en el que deja ver los elementos comunes a ellas que, situándose en coordenadas distintas —el primero en el de la ciencia teológica y el segundo en el ámbito pastoral— muestran no pocas relaciones de mutua dependencia. Construir una Teología India sólida y en sintonía con el Magisterio Eclesial y con el *Depositum Fidei* en general implica el conocimiento profundo de la cultura y del mundo religioso indígena, y al mismo tiempo un buen dominio de la ciencia teológica.

Simultáneamente, el esfuerzo por materializar una Teología partiendo de una realidad concreta y situada en las coordenadas espacio-temporales, como son la cultura y la cosmovisión indígenas de América Latina, presenta no pocos riesgos y dificultades, algunas de las cuales trataremos de explicar de manera sintética en esta presentación.

El teólogo, en su esfuerzo por “explicar la fe” y presentarla con los instrumentos y las categorías propias de la mentalidad del indígena latinoamericano, ha de sortear no pocos obstáculos para lograr construir un lenguaje “que piense y exprese la fe cristiana según la propia sensibilidad y mentalidad”<sup>1</sup>. En los escritos del P. García se pueden identificar no pocos de los elementos que hay que tomar en consideración para afrontar con una visión amplia y realista este horizonte cultural concreto de la Teología actual en la realidad de América Latina.

---

<sup>1</sup> GARCÍA, Javier. (2003, enero). “Hacia una Teología India en América: visión sintética de Oaxaca y Riobamba 2002”. En: Ponencia en el IV Taller de Obispos sobre Pastoral Indígena, Inculturación y Teología India, Puebla, México.

## ALGUNOS CONCEPTOS FUNDAMENTALES

Para elaborar una Teología India es necesario en primer lugar establecer una base de criterios que permita fijar ciertos parámetros metodológicos y epistemológicos. En palabras del p. García, se ha de elaborar un pensamiento que “sea las dos cosas, teología e india”.

Construir una “Teología” significa ante todo aplicar el entendimiento a la fe: *fides quarens intellectum*. Nos referimos al esfuerzo del hombre, situado en un contexto histórico y cultural concreto, de comprender las verdades de la Revelación y aplicarlas a la propia vida. No es sólo actividad especulativa, sino sobre todo vital, de la experiencia humana. A ello se añade, como elemento constitutivo del quehacer teológico, que para acceder a la fuente de la Revelación que es Dios en su Hijo Jesucristo, se ha de recurrir a sus instrumentos o “canales”, que son la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia y cuya instancia interpretativa por excelencia es el Magisterio Universal. Son conceptos conocidos y básicos, pero que conviene recordar y reafirmar antes de intentar estructurar un estilo particular de hacer teología. Son estos mismos conceptos los que han de establecerse como columnas portantes de una “Teología India”.

En segundo lugar, es importante recordar el contenido del concepto “Cultura”, puesto que el título mismo de “Teología India” hace referencia a un tipo de disciplina cuya singularidad parece radicar no tanto en planteamientos dogmáticos originales o nuevos, sino en el modo original en el que se expresa, utilizando un universo significativo propio del ambiente cultural en el que se desarrolla.

Conviene retomar la definición que presenta el Concilio Vaticano II en su Constitución *Gaudium et Spes*: Cultura es «todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano»<sup>2</sup>. Resulta sugerente añadir a este concepto del documento conciliar, la descripción que hace del mismo término la UNESCO, en su declaración de 1982, al afirmar que «la cultura da al hombre la capacidad de reflexionar sobre sí mismo. Es ella la que hace de nosotros seres específicamente humanos, racionales, críticos y

<sup>2</sup> GS 53.

éticamente comprometidos. A través de ella discernimos los valores y efectuamos opciones. A través de ella el hombre se expresa, toma conciencia de sí mismo, se reconoce como un proyecto inacabado, pone en cuestión sus propias realizaciones, busca incansablemente nuevas significaciones, y crea obras que lo trascienden»<sup>3</sup>.

No es fácil definir un término tan amplio como “Cultura”, que puede además ser enfocado de manera diversa según la disciplina que lo utiliza; pero en todo caso no es nuestro objetivo detenernos en un análisis minucioso de este tema tan extenso y tan estudiado. Las dos definiciones mencionadas nos dan una idea suficientemente amplia y concreta de los elementos que encierra dicha palabra en lo que concierne a nuestro interés.

El Planteamiento del Vaticano II es el de una “humanización” del medio en el que el hombre se desarrolla, en la que él mismo se autoconstruye y determina su ambiente, convirtiéndose en creador de cultura. Por otra parte, se refiere a un conjunto de contenidos, “costumbres e instituciones”, por medio de las cuales el hombre concreto, situado en un tiempo determinado y un espacio delimitado, plasma y amplía una herencia que se va perfeccionando en la medida en que pasa de una generación a otra.

La definición de la UNESCO, por su parte, es un buen complemento a lo dicho por *Gaudium et Spes* al enfatizar que la cultura, para serlo, ha de tener un carácter “humano” y “humanizador”.

En relación con la “Inculturación” se debe decir que ésta ha estado presente como práctica desde que existe el cristianismo. El primer gran testimonio de ese esfuerzo por “inculturar” lo encontramos ya en San Pablo, quien afirma haberse hecho “judío con los judíos” y “griego con los griegos” (*1Cor* 9,19-23). Se podrían citar innumerables ejemplos en todos los períodos de la historia de la Iglesia que la muestran en su esfuerzo por implantar el Evangelio en las culturas utilizando y valiéndose de todo lo que éstas tienen de verdaderamente humano. Pero tal vez es a partir del Concilio Vaticano II y de algunos documentos posteriores que se ha dado un nuevo impulso a la comprensión y reflexión sobre esta realidad que se hace patente en el esfuerzo de la Iglesia por transmitir el mensaje cristiano en los diversos lugares de la Tierra.

Inculturación es un término de contenido teológico, pero que tiene hondas implicaciones sociológicas y antropológicas. Es un proceso por el que una determinada cultura recibe la Revelación y la apropiación, traduciéndola

---

<sup>3</sup> UNESCO, 1982: Declaración de México.

dola a sus propias categorías. De este modo se va desarrollando un modo peculiar de vivir el Evangelio según las propias características. Es por ello que la inculturación se da en un período de tiempo largo, pues exige un conocimiento profundo de la cultura por parte del “agente” y un proceso de diálogo y discernimiento hasta que poco a poco la fe se vaya haciendo vida en la cultura y vaya tomando forma propia. Todo este proceso se ve claramente ejemplificado en el caso de América Latina y su proceso de evangelización constituyente.

La inculturación, por consiguiente, no es una simple “adaptación” de la doctrina cristiana a una determinada realidad o la mera superposición de valores, como de hecho ha sucedido en algunos lugares de Latinoamérica, en los que se encuentra un cierto sincretismo religioso con la participación de elementos del mundo pagano y elementos cristianos en un mismo rito. La inculturación implica, más bien, un proceso de transformación, en el que el Evangelio, como agente transformador, entra en diálogo con la cultura y la purifica de todo lo que está en contraste con el ideal humano encarnado por Jesucristo, tomando al mismo tiempo todos los elementos válidos y más esenciales e integrándolos a su nuevo modo de expresar y vivir la fe cristiana. En esto consiste el verdadero respeto por una determinada cultura, en el discernimiento que lleva a descubrir lo que ésta tiene de “verdaderamente humano”.

La inculturación tampoco se queda, pues, en el paso de unas categorías a otras, o en la mera modificación de elementos externos, como pueden ser el lenguaje, los ritos o los símbolos. De lo que se trata, en palabras del Pablo VI es de « alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad, que están en contraste con la palabra de Dios y con el designio de salvación»<sup>4</sup>, llegando así a tocar la raíz misma de la cultura, su fundamento, y transformándolo a la luz del Evangelio.

Al plantear una “Teología India”, por otra parte, se hace referencia a un modo peculiar, según la cultura indígena, de acercarse a las verdades reveladas para comprenderlas y explicarlas según las propias categorías. Pero ello implica un paso previo y fundamental que es la recepción del mensaje cristiano. Para que haya verdadera Teología tiene que haberse dado antes una apropiación profunda de la Revelación Cristiana. Como afirma el P. García, «la teología como tal no existe», sino en la medida en que «es

---

<sup>4</sup> EN 19.

hecha por hombres y mujeres de un tiempo, cada cual con sus preocupaciones y aspiraciones, con su cultura y su punto de vista. Son las personas con sus coordenadas existenciales las que hacen que la teología sea»<sup>5</sup>. Pero esa reflexión y elaboración por parte del sujeto se puede dar sólo en la medida en que hay un profundo conocimiento previo de ambas realidades: la propia cultura indígena y la Revelación cristiana. En ese sentido se pregunta el P. García: «¿Quién hace teología india?», y él mismo responde que «ha de ser un creyente, indígena o no, que conozca muy bien el significado del evento de la revelación de Dios al hombre en Cristo, las exigencias epistemológicas del quehacer teológico –las “reglas del juego” sistemático de las disciplinas teológicas– y, a la vez, la riqueza de la sabiduría indígena, con su constelación de religiosidad, ritos, lengua, tradiciones, visión de comunidad, de naturaleza –sobre todo de la tierra–, del hombre y de Dios»<sup>6</sup>.

Podemos además preguntarnos ¿qué es lo que añade a un determinado estilo de hacer teología el calificativo de “India”? En efecto, se puede hablar de una Teología de la Salvación, de la Redención, de la Liberación, o de la Reconciliación, o de una Teodramática, etc. . . porque se está eligiendo una determinada categoría con trasfondo teológico que se usa como clave hermenéutica para aproximarse a la Revelación Cristiana y estructurar un contenido sistemático de comprensión y profundización en ella, con acentos propios y un lenguaje peculiar. Pero en el caso de la Teología India, ¿cuál es la clave hermenéutica? El calificativo de “India” no es un término teológico, sino un adjetivo que define una situación socio-cultural más o menos determinada, un poco ambigua. Pero, precisamente, el ámbito cultural o social delimitado por lo indígena, todo lo que forma parte de sus valores, es lo que da a la Teología India cristiana su verdadera peculiaridad. Ella «reflexiona sobre el Dios revelado, con categorías indígenas, y sobre la cultura indígena con categorías cristianas; aquí tenemos una auténtica teología»<sup>7</sup>. La Teología India, en ese sentido, puede ser considerada una elaboración original de la fe cristiana, cuya especificidad consiste en el uso de categorías, lenguaje, sensibilidad y experiencias religiosas indígenas, que le permiten elaborar y plantear una manera y visión propias en su aproximación a Dios, al hombre y al mundo.

Los acentos de la Teología India, por otra parte, son aquellos que provienen de la experiencia vital de quienes forman parte de esa cultura y los valores creados en torno a ella, como pueden ser: el amor a la Tierra y a la

---

<sup>5</sup> GARCÍA, Javier. Hacia una Teología India en América, *idem*.

<sup>6</sup> *Idem*.

<sup>7</sup> *Idem*.

Creación, que constituyen el ámbito por excelencia de contacto con el misterio de Dios Creador; el sentido comunitario de los pueblos y el respeto por los valores heredados de los antepasados; el universo simbólico y significativo que, por su gran riqueza, puede constituir un verdadero medio de comunicación de las verdades de la Revelación Cristiana, enriqueciendo al mismo tiempo la vida litúrgica del pueblo de Dios.

## **TEOLOGÍA INDIA EN EL PROCESO DE INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO**

Es evidente que la evangelización del Nuevo Mundo presenta desde sus comienzos claros ejemplos de ese esfuerzo por inculturar el Evangelio. Más allá de los abusos o errores que se puedan haber verificado en medio de ese proceso, es innegable el intento que hicieron los primeros evangelizadores, con extraordinarios resultados, de “adaptarse” y entrar en la cultura para poder implantar el mensaje cristiano “desde dentro”. Basta mencionar como ejemplo el que no se tardara mucho en reglamentar el uso de las lenguas indígenas, cuyo aprendizaje era considerado en algunos lugares condición *sine qua non* para poder hacer el trabajo misionero, o para la elaboración del catecismo en lenguas indígenas, o para el arte autóctono aplicado a la Evangelización. Hoy en día los vestigios de esta obra monumental realizada por los primeros evangelizadores, que dio como resultado un verdadero “mestizaje de la fe”, son todavía muy claros y han quedado inmortalizados en diversas manifestaciones de la religiosidad popular y de la cultura misma. Así lo afirmó S. S. Benedicto XVI en el Discurso Inaugural de Aparecida: «La sabiduría de los pueblos originarios les llevó afortunadamente a formar una síntesis entre sus culturas y la fe cristiana que los misioneros les ofrecían. De allí ha nacido la rica y profunda religiosidad popular, en la cual aparece el alma de los pueblos latinoamericanos [...] Todo ello forma el gran mosaico de la religiosidad popular que es el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina, y que ella debe proteger, promover y, en lo que fuera necesario, también purificar»<sup>8</sup>.

El proceso mismo de implantación del mensaje cristiano en las culturas indígenas exigió un esfuerzo enorme por parte de los evangelizadores, que puso a prueba su creatividad, para inventar modos de explicar la fe acordes a la mentalidad de sus destinatarios: «En ese aspecto cultural los evangelizadores hubieron de inventar métodos de catequesis que no existían, tuvieron que crear las “escuelas de la doctrina”, instruir a niños catequistas, pa-

<sup>8</sup> Benedicto XVI, Discurso Inaugural de Aparecida.

ra superar las barreras de las lenguas. Sobre todo hubo que preparar catecismos ilustrados que explicaran la fe, componer gramáticas y vocabularios, usar los recursos de la palabra y del testimonio, de las artes, danzas y música, de las representaciones teatrales y escenificaciones de la pasión»<sup>9</sup>. En todas estas expresiones —se podría afirmar— se asomaban ya los primeros intentos de Teología India, en el esfuerzo por explicar la fe y comprenderla con categorías propias.

Aquello que sería condición indispensable para construir una Teología India hoy en día, los primeros misioneros lo vivieron intensamente: el interés por conocer en profundidad las culturas indígenas. Ellos lograron verdaderamente que el Evangelio iluminara las realidades autóctonas y las transformara, haciendo brillar al mismo tiempo, a su luz, lo que ellas tenían de más valioso y humano. Cabe resaltar que esos valores no sólo fueron respetados por los evangelizadores, sino que hubo un esfuerzo concreto por aprovecharlos en favor de la evangelización.

Se podría objetar que lo dicho hasta el momento sobre el proceso de la evangelización de América Latina no responde tanto a un interés por elaborar una Teología Indígena propiamente, estructurada y sistemática, sino que simplemente muestra el esfuerzo que se hizo para inculturar el Evangelio con una finalidad catequética. Y en cierto modo es verdad. Pero ello es así tal vez porque la única motivación en ese momento era la recepción del mensaje cristiano por parte de los indígenas para que entraran a formar parte del Pueblo Dios. Hoy en día, en cambio, nuestro contexto cultural y social es el fruto de aquel proceso que inició hace 500 años y que dio como resultado a través de los siglos una síntesis viviente.

Quien quiera hacer hoy en día Teología India mirará al pasado y verá que los presupuestos para su elaboración están ya presentes en ese esfuerzo de los primeros evangelizadores. El arraigo del Evangelio y la fe católica en nuestros pueblos, realizado de manera tal que ha llegado a ser parte constitutiva de nuestra cultura, es la condición de posibilidad de una Teología India.

Un momento crucial de la gesta evangelizadora, que cambió para siempre la vida del continente y marcó profundamente su identidad, es el acontecimiento de Guadalupe. Poco se conoce, más allá del milagro, la carga significativa que éste tiene en cuanto modelo de inculturación de la fe, por la intervención directa de Dios, y en cuanto ejemplo paradigmático de Teología India.

---

<sup>9</sup> Juan Pablo II, Discurso a los Obispos del CELAM, Santo Domingo, 12/10/1984, II, 4.

## EL ACONTECIMIENTO GUADALUPANO

Ante los esfuerzos por elaborar una reflexión sobre la fe desde la realidad de los pueblos indígenas, resulta iluminador prestar atención a lo que el p. García llama “el paradigma guadalupano”. Con relación a ello, el Documento de Aparecida afirma: «La visitación de Nuestra Señora de Guadalupe fue un acontecimiento decisivo para el anuncio y reconocimiento de su Hijo, pedagogía y signo de inculturación de la fe, manifestación y renovado ímpetu misionero de propagación del Evangelio»<sup>10</sup>. En las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe al indio Juan Diego y en todo lo que siguió al evento milagroso se dio un verdadero encuentro entre el mensaje del Evangelio y la cultura indígena.

Los dos vestigios materiales más importantes de dicho acontecimiento, los que hasta hoy constituyen un testimonio vivo del milagro del Tepeyac, y que siguen siendo un testimonio vivo y auténtico de la función de María, como Madre y Guía en el pueblo de Dios, son la tilma de Juan Diego con la imagen de la Virgen impresa en él, y el famoso texto que relata los hechos de las apariciones y los diálogos entre María y el indio: el *Nican Mopobua*. Cada uno constituye una verdadera obra de Teología India en clave mario-lógica.

En primer lugar hay que decir que las características de la Aparición de María en el Tepeyac presentan tanto los rasgos de las teofanías bíblicas del Antiguo Testamento, como diversos elementos de las tradiciones aztecas. Nada parece aleatorio en la manifestación de María de Guadalupe. Se podría afirmar que ella es la más grande obra maestra de Teología mariana desarrollada en el contexto indígena y expresada íntegramente con sus categorías.

El ejemplo más perfecto de esto es la Imagen misma, que posee todas las características descritas en la mujer del Apocalipsis (*Ap* 12,1-4). La imagen entera de Nuestra Señora de Guadalupe es una manifestación teológica, hecha con elementos autóctonos, de lo que María significa para el Pueblo de Dios. Tanto es así que muchos consideran la imagen de la Virgen del Tepeyac como un verdadero “*amoxtli*”, es decir un “códice” azteca, que utiliza de manera sintética el universo semántico indígena, hecho de signos y jeroglíficos, para expresar algo de la realidad y ponerlo por escrito. La imagen de la Guadalupana es, como afirma el P. García, un verdadero “Evangelio pictórico”.

---

<sup>10</sup> Documento de Aparecida, 4.



También es interesante el análisis que se puede hacer desde el punto de vista teológico del *Nican Mopobua*. Su núcleo es una afirmación clara y a la vez poética, con finalidad catequética, del misterio de la Maternidad divina de María, “la Madre del Verdadero Dios por quien se vive”. Pero al mismo tiempo se presenta al indio Juan Diego como Madre de todos los seres humanos que muestra a su Hijo y lo da a conocer. Ella es la Madre del Salvador y Mediadora de todas las gracias. Todo el mensaje gira en torno a estas verdades de fe mariológicas.

El contenido de este “paradigma guadalupano”, como ejemplo perfecto de inculturación del Evangelio y verdadera “manifestación teológica” de la cultura indígena, y que posee además las condiciones o características para que pueda llamarse verdadera y propia Teología, se puede resumir en unas breves palabras del P. García: «En el evento guadalupano hay un supuesto tácito fundamental: conocimiento del mensaje cristiano en su dinamismo salvador viviente, más que en su formulación abstracta. Y encuentro fecundo entre ambas riveras, como quien tiende un puente de admirable equilibrio y belleza»<sup>11</sup>.

### **ALGUNOS RIESGOS DEL QUEHACER TEOLÓGICO**

El desafío presente no está representado sólo por el reto de plantear una teología unida a la cultura indígena, sino por las innumerables manifestaciones culturales y religiosas del mundo indígena, a veces antagónicas y no siempre permeables a la luz del Evangelio.

Pablo VI, en la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, advierte sobre el peligro que se puede presentar, en el esfuerzo por enraizar el Evangelio en una cultura, de identificar con ésta al Evangelio mismo. Aunque «el reino que anuncia el Evangelio es vivido por hombres profundamente vinculados a una cultura, y la construcción del reino no puede por menos de tomar los elementos de la cultura y de las culturas humanas», es también cierto que «el Evangelio y, por consiguiente, la evangelización no se identifican ciertamente con la cultura y son independientes con respecto a todas las culturas»<sup>12</sup>.

No pocas veces, en el intento de plantear una Teología India, se ha caído en el error de identificar al Evangelio con la Cultura que aquel está llamada

---

<sup>11</sup> GARCÍA, Javier. (2002, octubre). El paradigma guadalupano. En: Simposio sobre Teología India, Riobamba, Ecuador.

<sup>12</sup> EN 20.

a iluminar. Cuando esto sucede, se busca reivindicar elementos autóctonos inherentes a una realidad determinada presentándolos como una suerte de “semillas del Evangelio” pre-existentes. El peligro de ello es que termine reduciéndose el mensaje del Evangelio casi a una religiosidad naturalista. El recorrido en realidad es inverso: partir del mensaje de Cristo y buscar con él iluminar una determinada realidad. Inculturar el Evangelio no es “adaptar” sus categorías a la cultura a la que se dirige, sino que ésta se adapte a su verdad y vea transformados sus mismos fundamentos, permitiendo que nos acerquemos a la realidad de Dios y del Universo en sintonía con la Revelación; es la verdadera inculturación de la que hablábamos en la primera parte de este artículo.

Un planteamiento que también resulta equivocado tanto en el método como en el resultado es colocar casi en un mismo nivel sabiduría indígena y mensaje evangélico, como dos realidades que deben entrar en diálogo tratando de establecer los elementos comunes y las diferencias. El peligro está en que se puede caer en una cierta concepción de dos caminos alternativos para la salvación, cuando de lo que se trata es de que el Evangelio, único portador del mensaje salvífico total y completo, la revelación plena de Dios en Jesucristo, se encarne en la cultura y tome vida en ella.

Otro error frecuente se suele presentar en relación con el sujeto de la Teología India. Nos preguntábamos anteriormente con el P. García, ¿quién hace la Teología India? Pues no pocas veces se ha planteado que es la comunidad indígena la que hace Teología. Pero ello es tan utópico como pretender que de manera espontánea o natural, de las tradiciones, modos o categorías que forman parte del acervo de una determinada cultura, nazca un pensamiento sistemático y estructurado como disciplina que permita entender la Revelación cristiana. Sabiduría indígena y Teología India, pues, son dos cosas totalmente diferentes y que se sitúan en planos completamente diversos del saber.

El p. García menciona dos criterios principales que deben ser el punto de partida para una base epistemológica de la Teología India<sup>13</sup>:

1. Conocimiento profundo de la historia y de la experiencia religioso-cultural de los pueblos indígenas. Dicho conocimiento ha de ser lo suficientemente vasto y preciso como para permitir un buen discernimiento de los elementos que pueden estar abiertos a la luz del Evangelio y puedan adquirir así una “nueva luminosidad”, mejorada o, si se quiere, cristianizada, así como también aquellos que están en contraste con el mensaje de

---

<sup>13</sup> Cfr. GARCÍA, Javier. Hacia una Teología India en América, *idem*.

Cristo y necesitan ser cambiados o simplemente eliminados, sin que ello afecte la identidad esencial de la cultura en cuestión o lo que ésta tiene de verdaderamente humano.

2. Conocimiento profundo del Magisterio de la Iglesia y de la manera como éste presenta las Sagradas Escrituras y la Tradición de la Iglesia. Si hablamos de Teología India en cuanto Teología Católica, es inevitable una asimilación previa completa y estructurada del *Depositum Fidei*. Es la única manera de lograr una verdadera síntesis entre las dos realidades que no afecte el mensaje cristiano presentándolo deformado en alguno de sus elementos esenciales.

## **INCULTURACIÓN Y TEOLOGÍA INDIA HOY**

En primer lugar es importante recordar que los casi 60 millones de indígenas que habitan en diversos países de Latinoamérica y el Caribe son el principal motivo por el que hay que afrontar con seriedad y compromiso las diversas temáticas concernientes a la inculturación del Evangelio en el universo cultural indígena y la posibilidad de una Teología India o una Teología “desde el mundo indígena” hoy. Como se ha visto, se trata de un tema de interés para la Iglesia, presente desde hace más de 500 años en sus esfuerzos evangelizadores, pero que permanece abierto y requiere ser afrontado desde nuestra realidad actual.

Nunca estará de más insistir en la necesidad de mantener y profundizar el diálogo con las realidades indígenas en América Latina. Ya el documento de Santo Domingo afirmaba la urgencia de aproximarse a la mentalidad y cultura que son parte de ellas “con el testimonio de una actitud humilde, comprensiva, profética, valorando su palabra a través de un diálogo respetuoso, franco y fraterno”<sup>14</sup>.

Recientemente, el documento de Aparecida ha señalado que “los indígenas y afrodescendientes emergen ahora en la sociedad y en la Iglesia. Este es un ‘*kairós*’ para profundizar en el encuentro de la Iglesia con estos sectores humanos que reclaman el reconocimiento pleno de sus derechos individuales y colectivos, ser tomados en cuenta en la catolicidad con su cosmovisión, sus valores y sus identidades particulares, para vivir un nuevo Pentecostés eclesial”<sup>15</sup>.

---

<sup>14</sup> *Santo Domingo* 248.

<sup>15</sup> *Aparecida* 91.

Se podría decir que las corrientes de teología existentes en América Latina, consideradas de manera genérica como “Teología India” o “teologías indias”, parten del hecho anterior como presupuesto y como principal motivación para plantear la necesidad de un desarrollo propio, que tenga en cuenta los elementos culturales autóctonos.

Sin embargo, de acuerdo al objetivo trazado por el documento de Aparecida en el párrafo citado, conviene tener claros los límites existentes entre inculturación-diálogo con la cultura y desarrollo teológico en cuanto tal, ya que el esfuerzo por dialogar con una determinada cultura con el fin de encontrar el modo mejor de presentar el Evangelio haciéndolo más comprensible a sus categorías y permitiendo su implantación, no se identifica necesariamente con el quehacer teológico propiamente. No menos importante es el riesgo de que el quehacer teológico pueda reducirse a un proyecto de lucha por la dignidad y derechos humanos o de la defensa de los más débiles, lo cual forma parte, por el contrario, de un proyecto de inculturación que tome en cuenta de manera integral la realidad de las personas y su dignidad.

En efecto, la diversidad cultural o la falta de una uniformidad de criterios, costumbres o ideas en el mundo indígena no constituye, para el caso de la inculturación del Evangelio o el diálogo con la cultura, una dificultad insuperable, mientras que frente a la tarea de elaborar un pensamiento teológico sistemático y sólido, identificable con un título específico calificativo, como puede ser “Teología India”, se presenta como una dificultad insoslayable.

Por otra parte, la inculturación del Evangelio en una determinada realidad cultural es la condición de posibilidad para que se realice, a partir de ella, una reflexión teológica consistente y sistemática. Por lo cual, mientras la verdad del Evangelio no haya calado hasta lo profundo de la identidad de un pueblo y, por lo tanto, del “sujeto teológico”, y éste no haya asimilado la fe de la Iglesia en su integridad, en cuanto *Depositum Fidei*, será muy difícil que de él surja una reflexión teológica original, que responda a esa realidad específica y que además sea fruto visible del encuentro del evangelio con ella.

Hay que agradecer al P. Javier García el esfuerzo que está haciendo para indicar los elementos válidos que existen en el intento de elaborar una teología india, pero al mismo tiempo de señalar los grandes vacíos que todavía están presentes en ese novedoso campo del quehacer teológico.